

## CAPITULO LXXXVII.

Preparativos para la marcha del infante D. Carlos á Italia.—Llegada, recibimiento y enfermedad del Infante.—Preparativos para recobrar la plaza de Oran.—Toma de Oran.

QUEDARON por fin resueltas á gusto de la reina Isabel las cuestiones que habían retardado el cumplimiento de sus más vivos deseos.

Después de tanto tiempo consiguió ver establecido á su hijo en los ducados de Italia.

Inmediatamente procedióse á tomar todas las disposiciones convenientes para el envío de tropas.

Inglaterra dispuso una flota de diez y seis buques, á las órdenes del caballero Wager, que debía unirse á la escuadra española que contaba con veinticinco navios, siete galeras y gran número de transportes. Mandaba los navios el marqués Estéban Mari y las galeras D. Miguel Regio.

A bordo de la escuadra iban siete mil quinientos hombres de todas armas, capitaneados por el conde de Charny.

Nombróse asimismo la casa y servidumbre del Príncipe.

Muy político fué el nombramiento del príncipe de Corsini, sobrino del Papa, como caballero mayor, pues se consiguió con él que el Pontífice, agradecido, reconociera al Infante como legítimo duque de Parma y de Toscana, haciendo caso omiso de la protesta del cardenal Oddi, en que se reclamaba la reversion del feudo de aquellos ducados á la Santa Sede.

El conde de San Estéban del Puerto fué nombrado ayo del Infante y ministro plenipotenciario de S. M. C. en Italia.

El duque de Tursis era el sumiller de corps, proveyéndose los demás cargos y empleos en personas todas de elevada posición y categoría.

Además dióle el Rey, su padre, una compañía de cien guardias de corps, mandada por el capitán Caraffa.

Felipe V dió una muestra más de su hábil diplomacia en la carta que escribió al Emperador, diciéndole que enviaba su hijo á Italia, abandonándole á su cuidado y poniéndole bajo el amparo y la protección imperial.

Por fin, el 17 de octubre de 1731 zarpó la escuadra del puerto de Barcelona, y á los diez días de navegación fondeó en Liorna.

Saltaron á tierra los tres generales y se pusieron de acuerdo con los ministros de España, de Inglaterra y de Toscana, que ya les esperaban, concertando la distribución de las tropas por las plazas de los ducados.

El conde de Charny pasó á Plasencia, y allí prestó juramento de fidelidad, en nombre del ejército, al gran duque Juan Gastón, y como heredero inmediato al infante D. Carlos.

Practicada aquella fórmula desembarcaron y se acuartelaron las tropas.

En tanto, en Parma, la duquesa viuda tomaba posesión de aquel ducado en nombre de su nieto, y mandaba acuñar moneda con el busto de Carlos.

Las tropas imperiales se retiraron á Alemania y los buques ingleses volvieron á los puertos de la Gran Bretaña.

El infante salió de Sevilla, acompañado de numeroso séquito, el 20 de octubre de 1731, con dirección á Italia. Fué muy observado en todo el viaje, sobre todo en Valencia y Barcelona. En Francia, los gobernadores de las provincias que atravesó le agasajaron en extremo.

Embarcóse en Antibes, y después de sufrir una tormenta, arribó por fin á Liorna el 27 de diciembre. Fué recibido con grandes demostraciones de regocijo. Detúvose en aquella ciudad una dolencia de viruelas benignas, que le aquejó hasta bien entrado el año 1732. Por fin se trasladó á Florencia y luego á Parma, donde fué perfectamente recibido.

Así terminó la complicada y antigua cuestión de la sucesión de los hijos de Isabel de Farnesio á los ducados de Parma, Toscana y Florencia, con beneplácito de todas las naciones, salvo una protesta que presentó el cardenal Oddi, después que el Pontífice reconoció á Carlos como á legítimo duque, en que pretendía ante el tribunal eclesiástico que la toma de posesión de la Duquesa, en nombre de su nieto, era ilegítima, abusiva y nula; aquella protesta se despreció y se vieron realizados los sueños de la Reina sin efusión de sangre. Ciertamente que no influyó poco en ello la intervención del rey Jorge de Inglaterra.

Zanjada aquella cuestión, y cuando al parecer toda Europa veía asegurada una paz octaviana entre todas las naciones, alarmaron á todas las potencias los aprestos militares que en los puertos y costas de España se estaban haciendo.

En efecto, á la flota que volvió de Italia, en vez de desarmarla se la proveyó de todo lo necesario para un viaje de cuatro meses. Nadie acertaba á penetrar el objeto de tales aprestos y adónde se dirigiría la empresa que, por lo visto, se meditaba.

Genova se alarmó al ver en sus costas á seis navios de guerra españoles, que en realidad no iban más que á recoger ciertos fondos que España tenía en el barrio de San Jorge, y que necesitaba para la proyectada expedición.

Fué necesario escribirle al Emperador para tranquilizarle, diciéndole que aquella empresa no era contra ninguna potencia aliada.

En abril de 1732 llegaron á reunirse en la bahía de Alicante más de seiscientos buques.

Había dispuesto un ejército de veintisiete mil hombres con ciento diez cañones y sesenta morteros.

Tenía el mando de la armada el teniente general D. Francisco Cornejo, y el del ejército el conde de Montemar D. José Carrillo de Albornoz.

Desde los tiempos de Carlos V no se habían visto tamaños preparativos de guerra, y lo que más sorprendía es que nadie ó muy pocos traslucían su destino.

Hé aquí algunos curiosos pormenores que un escritor contemporáneo nos suministra acerca de esta grande armada: «Componiase de 12 navios de guerra españoles, el que ménos de 30 cañones, 2 bombardas, 7 galeras de España, mandadas por D. Miguel Regio, 2 galeotes de Ibiza, 4 bergantines guarda-costas de Valencia, 109 navés de transporte, 50 fragatas, 97 saetias, 48 pinques, 20 balandras, 4 urcas, 161 tartanas, 2 polacras, 8 paquebotes, 2 gabarras, 26 galeotas, y otras 57 embarcaciones desocupadas. Se componía el ejército de 40 batallones y 24 escuadrones.

«Embarcáronse 12,400 quintales de pólvora, 16,420 bombas, 56,000 granadas de mano, 80,693 balas de cañón, 1,522 quintales de balas de fusil, 8,000 cajones de cartuchos, 33,000 tacos para la artillería, 12,000 fusiles de repuesto, 200 cureñas de todos calibres, 20 carros cubiertos, 240 alventrones, 80 carromatos baleros, 60 galeras, 40,000 faginas de á 12 pies, 14,000 salchichones, 80,345 sacos para tierra, 20,500 instrumentos para gastadores, como son palas, picos y espuelas, 700 caballos de frisa, 150 acémilas, 422 barracas de madera, 87 hornos de campaña, 140 mulos para la artillería, 150 machos de abasto y de tiro, 36,000 fanegas de cebada, 220,000 arrobas de paja, 14,000 herraduras para caballos; 250,000 quintales de plomo, 400 vacas, 1,576 carneros, 4,000 gallinas, 1,000 camas de hospital, 2,000,000 raciones de armada, 7,000 botas de vino, 190,000 arrobas de leña, etc., etc.»

Cuando todo estuvo dispuesto, por medio de un manifiesto, dado en 6 de junio de 1732, hizo saber el Rey que aquella expedición se dirigía á recobrar la plaza de Oran, que se perdió en 1708 por culpa del conde de Santa Cruz, que se pasó á los austriacos con las galeras y dinero que se le habían dado para acudir en su auxilio.

El 15 de junio zarpó la escuadra de Alicante. El 25 estaba á la vista de Oran, pero á causa del temporal tuvo que diferir por cuatro días el desembarco, que por fin se verificó en las Aguadas, á legua y media del castillo de Mazalquivir.

Cuando ya estaba en tierra la mayor parte del ejército se presentaron algunos grupos de moros á oponer resistencia, pero algunas compañías de granaderos, al mando del marqués de la Mina, los ahuyentaron con facilidad, dando lugar á que acabara de desembarcar el resto, y ocupando la montaña llamada del Santo, que domina á Mazalquivir, obligaron á la guarnición de aquella fortaleza á capitular, lo que fué para los españoles un anuncio del feliz éxito de su empresa.

A la mañana siguiente un criado del cónsul francés en Oran, se presentó en el campamento á participar que los moros habían abandonado la ciudad.

Se envió un destacamento á fin de cerciorarse de la verdad, y en efecto, el mismo cónsul salió á recibirle y el ejército entró sin ninguna dificultad en la plaza, que el bey (llamado Hacén, según unos, y Mustafá, según otros, el mismo que la tomó en 1708, y á quien los españoles apellidaban *Bigotillos* por los grandes bigotes que tenía), abandonó con todos los suyos, dejándola desierta.

Se encontraron en la ciudad, además de grandes almacenes atestados de víveres, y municiones, ciento treinta y ocho piezas de artillería, de ellas ochenta y siete de bronce con siete morteros.

Purificáronse los templos y se cantó el *Te-Deum* en acción de gracias por haber vuelto á tremolar sobre aquellos muros la bandera española el 5 de julio de 1732.

De este modo y con tal facilidad volvió al dominio de España aquella importante plaza africana, que desde la conquista del inmortal Cisneros, y por espacio de dos siglos, había pertenecido á la corona de Castilla.

El marqués de Mina fué el portador á Sevilla de tan fausto suceso, y el Rey mandó que en todas las iglesias de España se celebraran funciones religiosas en acción de gracias por el feliz éxito de la expedición.

Tuvo de notable aquella famosa empresa, primero el sigilo con que se preparó, que no dió lugar á que los africanos ni á un sospechase de ella; luego la esplendidez y prevision con que se organizó, y últimamente el acierto y discreción con que se llevó á cabo, siendo toda la gloria de ella de los generales D. José Patiño, que fué el promovedor, y el conde de Montemar, que tan admirablemente le secundó.

A nuestro modo de ver, fué un error lamentable el que se cometió con no haber aprovechado una ocasión tan propicia como se presentó para recuperar á Argel.

Las circunstancias no pudieron ser más favorables y sobraron medios para ello.



EL MINISTRO PATIÑO PRESENTANDO Á D<sup>CA</sup> ISABEL DE FARNESIO EL PLAN DE LA TRIPLE ALIANZA.

## CAPITULO LXXXVIII.

Resultados que se debieron obtener de la expedición á Oran. — Hostilidades á esta plaza por Hacen y á la de Ceuta por el rey de Marruecos. Objeto que atribuían los políticos á la expedición africana. — Disturbios en Europa por la muerte del rey de Polonia. — Triple alianza para la conquista de Nápoles y Sicilia.

La confusión y aturdimiento en que se puso Argel al saber la feliz entrada de los españoles en Oran, los avisos que dieron los cónsules europeos y las disposiciones que tomaron los más opulentos mercaderes, indicaban bien á las claras el poco trabajo con que hubiese podido tomarse, según dijimos anteriormente.

Si Carlos V en su desgraciada expedición de 1541 hubiera encontrado tan favorable coyuntura, es positivo que Argel no hubiera continuado en poder de los moros.

Aquella formidable escuadra se restituyó á España el 1.º de agosto de 1732, dejando tan sólo diez batallones para la guarnición de Oran, al mando del marqués de Santa Cruz, sin intentar más conquista.

Dícese que no prevenían otra cosa las instrucciones de la corte, mas no debió parecer esta suficiente causa á los escritores de aquel tiempo, cuando alguno de ellos dice textualmente: «Sin duda no debió convenir por entonces, pues así Dios lo puso.»

El conde de Montemar y D. José Patiño, á su regreso á Sevilla el 15 de agosto, recibieron de manos del Rey el insigne collar del Toison de oro como recompensa del gran servicio que acababan de prestar á su patria.

Unido más tarde Hacen á los argelinos, intentó el 11 de octubre la sorpresa de uno de los fuertes de Oran, pero sin fruto; mas como quiera que estas acometidas no cesaran de repetirse, fatigando y mermando la guarnición, hubo necesidad de que España enviara un refuerzo de seis navíos de guerra con cinco mil hombres.

No pudo llegar este refuerzo en ocasión más oportuna. La plaza estaba cercada casi por completo. El gobernador, oído un consejo de guerra, había dispuesto una salida con ocho mil hombres de la guarnición.

Se había empeñado una terrible batalla, en la que al principio los españoles llevaban la mejor parte, mas despues, rehechos los moros, habían ya casi desbandado á sus adversarios, y tal vez hubieran acabado con todos ellos si el marqués de Santa Cruz, haciendo un esfuerzo desesperado, no hubiera acudido con el resto de la guarnición á sostenerlos, dando lugar á que desembarcaran los refuerzos y acudiesen al lugar del combate, decidiendo la acción y haciendo retirar á los moros desordenadamente.

Aquella victoria costó la vida al esforzado marqués, gobernador de la plaza, y á otros bravos coroneles, quedando cautivo de los moros el marqués de Villacanas.

Dos días despues aún volvieron los moros á la carga, pero escarmentados de nuevo, y á lo que se dijo, herido Hacen con dos de sus más allegados parientes, retiróse á sus montañas, cesando por entonces en sus tentativas.

Nombróse al marqués de Villadarias gobernador de la plaza en reemplazo del de Santa Cruz.

El rey de Marruecos intentó también por aquel entonces arrancar la plaza de Ceuta del dominio español, instigado por el famoso baron de Riperdá, quien despues de fugarse del alcázar de Segovia y de recorrer prófugo y errante por las naciones de Europa sin hallar protección ni asilo, había emigrado á Marruecos y héchose musulmán.

En Ceuta, como en Oran, también llegaron con oportunidad los refuerzos. Una salida vigorosa de los sitiados destruyó á los marroquíes, que abandonaron su artillería y sus banderas, y el aventurero Riperdá logró apenas escapar con gran peligro á Tetuan.

Entre los políticos de aquellos tiempos corría por muy válida la creencia de que el alarde de fuerza que España acababa de hacer en Africa no era sino una disimulada preparación para emplear aquellas fuerzas, ya en Nápoles y Sicilia, ó ya para oponerse al Emperador, caso de que éste pusiera algun obstáculo á la posesión por D. Carlos de los ducados de Parma y de Toscana.

En efecto, el modo como tomó posesión el Príncipe de aquellos ducados fué un manantial de discordias y disturbios, que se creían dominados.

Por de pronto, la corte pontificia esperaba que el Infante iría á recibir la investidura del ducado de Parma, como feudo de la Santa Sede: se le habían enviado los pasaportes y se tenía preparado todo el ceremonial, cuando se vió con sorpresa que D. Carlos, prescindiendo de todo, partió en derechura á Florencia.

También el Emperador vió con disgusto que el Senado florentino, sin cuidarse de la investidura imperial, recibió al Infante como á heredero presunto del gran Duque, y le reconoció y juró por sí como tal el 24 de junio de 1732.

Por más que el Príncipe solicitara luego del Emperador la dispensa de edad y el relevo de la tutela para administrar por sí aquellos Estados, el consejo áulico encontró incompetente la demanda, y ofendido el Emperador escribió al Senado de Florencia, declarando nulo todo lo actuado el 24 de junio, y encargó á la duquesa viuda de Parma que se abstuviera de darle posesión del ducado sin la investidura imperial.

A pesar de todo, el Infante, siguiendo las instrucciones de su padre, pasó á Parma, y sin esperar el diploma imperial, el 12 de octubre tomó posesión; luego volvióse á Plasencia, y el día 22 hizo lo mismo con las formalidades de costumbre.

El Emperador tomó aquellos actos como un ultraje á su dignidad, y como deseaba encontrar un pretexto para impedir el entronizamiento de un príncipe Borbon en Italia, quejose á Inglaterra de aquella violación, por parte de España, de sus derechos feudales, y mandó reclutar tropas y hacer grandes armamentos, como quien se prepara para un pronto rompimiento.

Al ver aquella actitud bélica, le hicieron varias observaciones los ministros de España é Inglaterra, duque de Liria y Robinson; el último, especialmente, interpuso sus buenos oficios para conseguir la dispensa de edad y la investidura. El Emperador no repugnaba una avenencia con tal que D. Carlos aceptase ciertas fórmulas; mas en tanto que en Viena se trabajaba en este sentido, el conde de Montijo, embajador de España en Londres, presentó al rey Jorge II una Memoria quejándose de la ofensa hecha al gran Duque por el modo como se pretendía obligar al Senado de Florencia á obedecer los rescriptos imperiales, y se reclamaba la garantía de S. M. B.

Entregado estaba el rey Jorge á vencer con incansable paciencia las dificultades que se presentaban, cuando la muerte del rey de Polonia y elector de Sajonia, Augusto II, acaecida el 1.º de febrero de 1733, vino á aumentar sus cuidados.

El rey de Francia tenía interes en restablecer en aquel trono á su suegro Estanislao; el emperador de Alemania no podía consentir en tener un vecino tan estrechamente ligado con Francia; la misma Polonia se dividió pronto en bandos; las potencias inmediatas se agitaban; Austria, Rusia y Prusia hicieron un tratado secreto para excluir á Estanislao, y todas hicieron marchar numerosos cuerpos de ejército hacia aquella pobre nación, que en vano protestaba y reclamaba el derecho de elegir sus reyes.

El rey cristianísimo dió un manifiesto protestando contra la violencia que se hacía á los polacos. A aquel manifiesto respondió la corte de Viena con otro en que, en términos arrogantes, acusaba á Francia del móvil interesado que la inspiraba. Lo que resultó de aquellos documentos fué que ambas naciones se prepararon en son de guerra.

A medida que se agriaban las relaciones entre las cortes de Viena y de Versalles, se estrechaba la union entre las de Versalles y Sevilla.

Con la agitación que produjo la cuestion de Polonia, la corte determinó trasladarse á Madrid, para estar más á la mira de la marcha de los acontecimientos.

El Rey, que hacía algunos meses estaba retraído, confiando el gobierno á la Reina y á Patiño, volvió de su letargo y se encargó otra vez de los negocios. Salió, pues, la corte de Sevilla el 16 de mayo de 1733, y se estableció en junio en el Real sitio de Aranjuez.

El monarca inglés, el que más trabajaba para sostener la tranquilidad europea, no podía dirimir las disidencias ocasionadas por la muerte del rey de Polonia.

Hasta la reina de España, ciega de amor maternal, quiso pretender aquella corona para su hijo Carlos, pensamiento loco, de que logró disuadirla Patiño.

Este hábil ministro concibió un proyecto mucho más asequible y que debía halagar más á aquella señora.

Era éste aprovechar la distracción de Alemania para recuperar los reinos de Nápoles y Sicilia, estableciendo en ellos al infante D. Carlos.

Francia uniría sus fuerzas con las de España luego que se rompieran las hostilidades con el imperio y abandonara el Emperador á Italia para atender con sus ejércitos al Rhin.

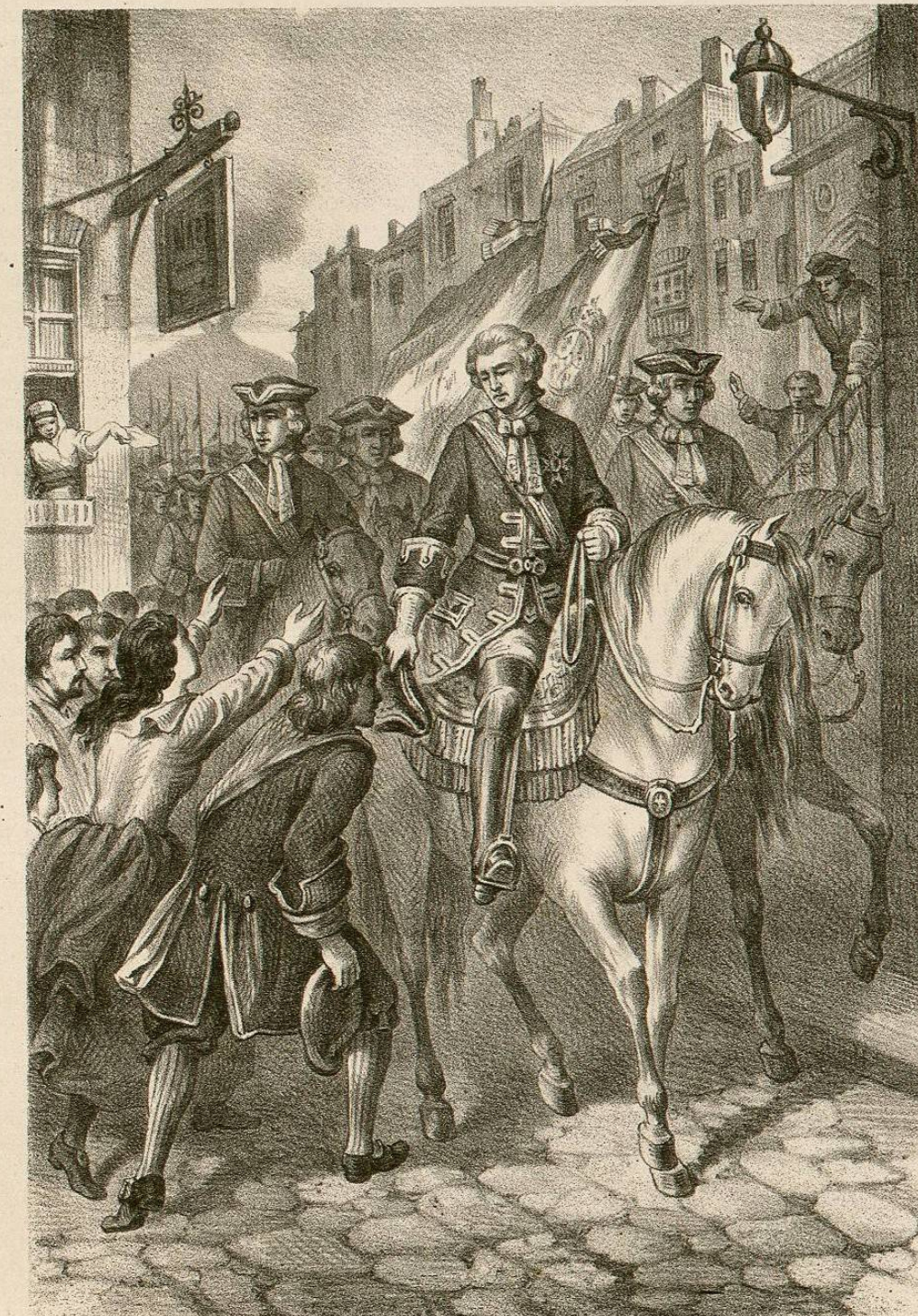
No fué necesario más que exponer este plan á la Reina para que lo adoptara en todas sus partes.

Mediaron comunicaciones con el conde de Rottemburg, embajador de Francia en España, y con el marqués de Castelar, hermano de Patiño, que lo era de España en París.

Como el plan era igualmente favorable para ambas potencias, no fué difícil concertar una alianza, en la que se hizo entrar también al rey de Cerdeña, Carlos Manuel, que había subido al trono en 1730 por abdicación de su padre Victor Amadeo.

Quedaron establecidas por bases: que España invadiría los reinos de Nápoles y Sicilia; que efectuada su conquista, uniría sus fuerzas á las de Francia y Cerdeña para lanzar de Italia á los alemanes, mientras los franceses llamarían su atención en el Rhin; que el rey de Francia no pretendía conservar para sí parte alguna de las conquistas que se hiciesen, sino que Nápoles y Sicilia quedarían para siempre incorporados á España y el ducado de Milan á Cerdeña.

Informó el conde de Montijo al rey de Inglaterra de esta estipulación, que era como el preludio de una declaración de guerra; mas las potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, poco ó nada interesadas en la elección de rey de Polonia, portáronse con tal moderación que no estorbaban los planes de las potencias de la triple alianza; y Holanda, á trueque de que en la guerra no se molestara los Países Bajos austríacos, llegó á convenir en un tratado de neutralidad con Francia el 24 de noviembre de 1733.



ENTRADA DEL PRINCIPE D. CARLOS EN NÁPOLES.